



mó este espíritu de fanatismo, que comenzaba á apoderarse de su bando. Carlostadt y sus sectarios, confundidos con sus reprensiones, enmudecieron y declararon que no era la voz de un hombre la que habian oido, sino la de un ángel.

Antes de esta época, en que Lutero dejó su retiro, habia comenzado á traducir la Biblia en lengua alemana, empresa tan difícil como importante, que deseaba con extremo llevar al cabo, y para cuyo logro reunia todas las cualidades necesarias. Con una tintura suficiente de las lenguas orientales, y con un gran conocimiento del estilo y de los sentimientos de los escritores inspirados, pasaba por poseer con perfeccion su idioma nativo, y se explicaba en él efectivamente en toda la pureza y elegancia de que era susceptible, aunque sus composiciones latinas estuviesen trabajadas con estilo duro y bárbaro.

A fuerza de aplicacion y de asiduidad, ayudado del socorro de Melancton, y de otros muchos discípulos suyos, finalizó una parte del nuevo testamento en 1522: la publicacion de esta version dañó más á la Iglesia de Roma que todas las otras producciones de Lutero. Fué leída por las personas de toda calidad con ansia y atencion extraordinarias. Estaban aturridas de descubrir cuán contrarios eran los preceptos del autor de nuestra religion á las doctrinas de los que pretendian ser sus vicarios; y como se tenia en el evangelio la regla de la fe, todos se creyeron en estado de hacer su aplicacion, de juzgar por sí mismos de las opiniones establecidas, y de determinar cuándo se conformaban á la regla, ó cuándo se apartaban de ella. Las grandes ventajas que produjo esta version de Lutero, alentaron á los defensores de la reforma á seguir su ejemplo en los otros países de Europa, y á publicar en lengua vulgar traducciones de la Escritura.

Hácia este mismo tiempo Nuremberg, Francfort, Hambourg, y otras ciudades de Alemania del primer orden abrazaron abiertamente la religion reformada, y abolieron con la autoridad del magistrado la misa y otras ceremonias de la Iglesia romana. El elector de Brandebourg, los duques de Brunswick y de Lunebourg y el

príncipe de Anhalt se declararon protectores de la doctrina de Lutero, y mandaron predicarla en sus estados.

La córte de Roma se asustó mucho con esta desercion que crecia de dia en dia; y el primer cuidado de Adriano á su llegada á Italia habia sido deliberar con los cardenales sobre el modo de remediarla. Este papa estaba versado profundamente en la teología eclesiástica, y como se habia distinguido desde muy temprano por esta especie de mérito, habia conservado siempre á dicha ciencia, á la que debia su reputacion y fortuna, tanto celo y entusiasmo, que casi no diferenciaba entre el blasfemo y las invectivas de Lutero contra los escolásticos, y con particularidad contra Santo Tomás de Aquino. Todas las opiniones de este doctor parecian al pontífice tan claras é incontestables, que era preciso, en su entender, ser ciego por una ignorancia grosera, ó resistir al sentido íntimo de su propia conviccion para dudar de ellas ó contradecirlas: en fin, jamás hubo papa mas supersticiosamente adherido á todos los puntos de doctrina, y más inflexible sobre este artículo: los defendia, no sólo como Leon X, por ser ésta la doctrina antigua, y arriesgado para la Iglesia sufrir innovaciones; los sostenia tambien con todo el celo de un teólogo y con toda la obstinacion de un campeón de la escuela. Por otra parte, como sus costumbres eran extremadamente sencillas y exentas de todos los vicios que reinaban en la córte de Roma, conocia como los reformadores mismos, y veia con tanta indignacion como ellos, la corrupcion que se habia introducido en ella. El breve que dirigió á la dieta del imperio, congregada en Nuremberg, y las instrucciones que dió á Cheregato á quien habia enviado por legado, estaban dictadas por estas mismas disposiciones.

Por un lado condenaban las opiniones de Lutero con mayor aspereza y acrimonia que jamás habia hecho Leon X; reprendia severamente á los príncipes de Alemania por haber sufrido que este novador sembrara sus dogmas perniciosos, descuidando hacer ejecutar el edicto expedido en la dieta de Wormes, y les mandaba, si Lutero no abjuraba sobre la marcha sus errores, destruirlo con el fuego, como á



miembro gangrenado é incurable, así como Dathan y Abiron habian sido exterminados por Moisés, Ananias y Saphira por los apóstoles, Juan Hus y Jerónimo de Praga por los príncipes sus antepasados. Por otro lado, confesaba con la mayor ingenuidad y en los términos más positivos, que los desórdenes de la corte romana eran la fuente de que habian salido todos los males que sufría ó temia la Iglesia: prometia emplear toda su autoridad para reformar los abusos con toda la prontitud que permitia la naturaleza de estos desórdenes inveterados, y exhortaba á los príncipes á ayudarles con sus consejos sobre los medios más propios para ahogar la herejía nacida en medio de ellos.

Los miembros de la dieta, despues de haber alabado al papa por su celo y piedad de sus miras, se excusaron de no haber hecho ejecutar el edicto de Wormes con la multiplicacion prodigiosa de sus sectarios, y con la aversion que las vejaciones innumerables de la córte romana habian inspirado contra ella á los demás vasallos: razones que hacian la ejecucion del edicto, no sólo arriesgada, pero aún imposible. Aseguraron que era tiempo de tomar medidas nuevas y más eficaces para satisfacer á la Alemania acerca de sus agravios, que se fundaban en daños no imaginarios, sino en exacciones demasiado reales é intolerables, como el papa podria convencerse de ello por la lectura de la lista que se proponian presentarle. Segun ellos, el único remedio que podria ser proporcionado á la grandeza del mal, y que les diera alguna esperanza de ver á la Iglesia recobrar su antiguo vigor y afianzarse sobre una base sólida, era un concilio general. En consecuencia, le aconsejaban obtener el consentimiento del emperador, y congregarle sin dilacion en una de las principales ciudades de Alemania, á fin de que todos los que tenian derecho á asistir pudiesen deliberar con seguridad y proponer su dictámen con toda la libertad que exigia el peligro urgente en que se encontraba la religion.

El nuncio, más sagaz que su amo y más instruido en los fines é intereses políticos de la córte de Roma, se sobresaltó vivamente al oír la proposicion de convocar un concilio; penetró

con facilidad el gran riesgo de convocarlo en tiempo en que muchos desaprobaban altamente la autoridad del papa, y en que todos comenzaban á respetarla ménos y á rehusar someterse á ella. Empleó, pues, toda su habilidad en mover á los miembros de la dieta á perseguir con mayor rigor la herejía de Lutero y abandonar la proposicion de juntar en Alemania un concilio general; mas como veian bien que el nuncio estaba mucho más celoso de mirar por los intereses de la córte de Roma que por conservar la tranquilidad del imperio y la pureza de la Iglesia, permanecieron inflexibles y continuaron en preparar la lista de sus agravios para presentarla al papa. El nuncio, temiendo que le encargáran una comision tan desagradable, y no queriendo llevar á su córte una representacion que no dejaria de desagradarla, salió secretamente de Nuremberg, sin despedirse de la dieta.

Los príncipes seculares extendieron al instante aquella lista, tan famosa en los anales de Alemania, conteniendo cien objetos de quejas sobre otros tantos abusos que atribuian á la córte de Roma. Los príncipes eclesiásticos se contentaron con no oponerse á este paso, mas creyeron que no les convenia acceder á él. Estas quejas eran por la mayor parte una repeticion de los artículos de la lista, que se formalizó en el reinado de Maximiliano. Sería demasiado largo enumerarlos circunstanciadamente. Se quejaban en ella de las cantidades exigidas por las dispensas, absoluciones é indulgencias; de los gastos que ocasionaban los pleitos llevados á Roma; de los abusos innumerables producidos por las reservas, encomiendas y anatas; del privilegio de sustraerse de la jurisdiccion secular, que se abrogaba el clero; de todos los artificios que empleaban los jueces eclesiásticos para avocarse el conocimiento de las causas civiles; de las costumbres indecentes y escandalosas de gran número de eclesiásticos y de muchos desórdenes particulares cuya mayor parte se han referido ya en el número de las circunstancias que favorecieron el feliz suceso y propagacion rápida de las opiniones de Lutero. Los príncipes terminaban esta lista declarando que si la Santa



Sede no se apresuraba á quitarles estas cargas insoportables, estaban determinados á no someterse á ellas por más tiempo y á emplear, para libertarse, todo el poder y autoridad que Dios habia depositado en sus manos.

En vez de los rigurosos perseguimientos que el nuncio habia solicitado contra Lutero y sus sectarios, la resolución ó el *reces* de la dieta contenia solamente un mandamiento general á todos los órdenes del imperio que aguardáran pacíficamente las decisiones del concilio general que debia convocarse, y que no publicáran hasta entónces ninguna opinion nueva contraria á los dogmas recibidos en la Iglesia; se advertia á los predicadores que se abstuvieran de tratar ningun punto de controversia en sus discursos públicos, y que se ciñeran á una exposicion sencilla é instructiva de las verdades de la religion.

Los reformadores sacaron grandes ventajas de estas actas de la dieta: encontraban en ellas la prueba más completa y auténtica de la enorme corrupcion de la córte romana y de las cargas insoportables con que el clero oprimia al imperio. Tenian una prueba del primer artículo en el testimonio del papa mismo, que reconocia que sus invectivas y acusaciones no eran calumniosas ni injustas.

En cuanto al segundo, los representantes mismos del cuerpo germánico eran los que en una asamblea, en donde faltaba mucho para que los protectores de la nueva doctrina fuesen los más numerosos y poderosos, habian puesto entre los principales agravios del imperio las prácticas de la Iglesia romana, que Lutero y sus discípulos atacaban todos los dias. Así, que en cuantos escritos de controversia publicaron despues de esta época, recurrieron á menudo á la declaracion expresa de Adriano, y á los cien perjuicios de la Dieta, para apoyar todo lo que aseveraban sobre los desarreglos ó rapiñas y la insaciable ambicion de la córte de Roma.

Se miró en ésta la conducta de Adriano como prueba de una extrema imprudencia, y de una sencillez pueril. Aquellos hombres, envejecidos en medio de los artificios y de la corrupcion de la corte de los papas, y acostum-

brados á tomar por regla de sus acciones, no la justicia, sino su interés, se aturdieron al ver un pontifice que, apartándose de las prudentes máximas de sus predecesores, confesaban ingenuamente desórdenes que era preciso encubrir, y que sin consideracion á lo que debia á su dignidad, pedia consejo á los mismos á quienes habria debido dar órdenes. Temian que por esta franqueza tan poco política, en vez de volver á los enemigos de la Iglesia á su gremio, los hiciera más presuntuosos, y que lejos de ahogar la heregía, conmoviera los cimientos de la potestad de los papas, é hiciera agotar los principales manantiales de las rentas del clero. Por este motivo se opusieron diestramente á todos los planes de reforma que proponia Adriano, y á fuerza de multiplicar objeciones y dificultades procuraron impedir ó retardar su ejecucion. Adriano, sorprendido por un lado de la obstinacion de los luteranos, por otro escandalizado de las costumbres y máximas italianas, gimió muchas veces por su situacion, y echó de ménos el tiempo de su vida en que, simple dean de Lovayna, era más dichoso en un puesto ménos elevado en que se esperaba poco de él, y en que nada podia atajar el efecto de sus buenas intenciones.

Su sucesor, Clemente VII, le aventajó tanto en el arte de gobernar, como le era inferior en cuanto á pureza de costumbres y rectitud de corazon. Aborrecia en extremo, no sólo, como todos los papas, la convocacion de un concilio, mas tambien, como no habia asegurado su eleccion sino por medios muy poco canónicos, temia una asamblea que tuviera el derecho de someterla á un exámen cuyo resultado podia serle funesto. Resolvió, pues, para salir del estrecho en que le habian metido la imprudencia y torpeza de su predecesor, eludir por toda suerte de medios las peticiones de los alemanes, tanto acerca de la convocacion de un concilio, cuanto acerca de la reforma de los abusos de la córte de Roma. Con esta mira nombró al cardenal Campege, hombre muy fino, á quien los papas habian encargado muchas negociaciones importantes, y le envió en calidad de nuncio á la Dieta del imperio, juntada de nuevo en Nuremberg.



Campege, sin hacer mencion de lo que habia pasado en la dieta precedente, pronunció un largo discurso exhortando á la Asamblea á ejecutar vigorosamente el edicto de Wormes, como el único medio de extirpar la heregía de Lutero. La dieta respondió que queria saber antes las intenciones del papa tocante á la proposicion de un concilio, y á los cien agravios que ella habia expuesto. El nuncio procuró eludir el primer artículo, declarando de una manera vaga y general que el ánimo del papa era tomar las medidas más ventajosas al bien de la Iglesia: en cuanto al segundo punto, como la vista de los cien agravios habia llegado á Roma despues de la muerte de Adriano, y no se habia presentado con las formas de estilo al actual papa, Campege se previó de esta circunstancia para huir de dar en nombre de su amo una respuesta positiva sobre este asunto: observó, sin embargo, que esta lista contenia muchos artículos tan poco sumisos como poco decentes, y que la dieta, al publicarla de su propia autoridad, habia faltado abiertamente al

respeto debido á la Santa Sede. Finalizó requiriendo tambien que se procediera con rigor contra Lutero y sus secuaces; mas aunque fué apoyado con viveza por el embajador del emperador, que se apresuraba en aquel tiempo á alhagar al papa, y que protestó mucho el celo de su amo por el honor y dignidad de la Santa Sede; se concibió el *recés* de la dieta casi en los mismos términos que el de la precedente, y no se añadió ninguna declaracion más severa contra Lutero y su partido.

Antes de salir de Alemania Campege, con la mira de alucinar y conciliarse el favor del pueblo, dió á luz ciertos reglamentos para reformar algunos desórdenes y abusos que dominaban entre el clero inferior; mas esta ligera reforma, que distaba mucho de corresponder á los deseos de los luteranos y á las peticiones de la dieta, no satisfizo á nadie y produjo muy poco efecto. El nuncio escamondó con mano tímida algunas ramas: los alemanes querian que se descargara un golpe más firme, y que se atacara al mal hasta las raíces del árbol.